



HADES,

EL DIOS MENOS MALO

POL GISE



Pol Gise

Hades, el dios menos malo



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Pol Gise, 2023

Corrección de estilo a cargo de Cristina Lizarbe

© Editorial Planeta, S. A., 2023

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta, a partir del diseño original de Miriam Bauer

Primera edición en Colección Booket: noviembre de 2025

Depósito legal: B. 18.438-2025

ISBN: 978-84-10293-57-1

Impreso en España

Dicen que es imposible recordar nada de tu nacimiento, pero yo nací dos veces.

De la primera no me acuerdo. Cuando fui consciente de mi existencia estaba dentro del estómago de mi padre, pero por aquel entonces no sabía que estaba en su estómago, y aún menos que no debía estar allí. Recuerdo sentirme cansado y hambriento. Y que tenía compañía. Se oían llantos por todas partes, no podía distinguir el mío de los de mis hermanas. Poseidón nunca lloraba, siempre ha tenido los sentimientos de un tenedor. Él fue el primero al que vi: me acercó un trozo de algo que se suponía que era comida, me lo ofreció, y cuando alargué el brazo lo apartó y se lo comió delante de mis narices, el muy desgraciado. Se puso un mechón de su melena azulada por detrás de la oreja y volvió a la carga. Lo hizo hasta cinco veces, se veía cómo lo disfrutaba a través de esos ojitos azul marino. A la sexta, por fin, me dio la comida, y os juro que me abalancé sobre sus pies y se los besé como si tuvieran crema de cacahuete. Un manipulador nato.

A la segunda que vi fue a Hera, concretamente su pelo lila con mechas rubias y liso como un tobogán. La recuerdo tumbada en el intestino de padre.

Mi hermanita Hestia fue la siguiente. Cuando la vi por primera vez estaba andando arriba y abajo, agobiadísima, con las manos en la cabeza y rascándose con fuerza su media melena rosa. Si el plan de madre no hubiera funcionado, mi hermana Hestia habría hecho vomitar a padre de tanto pasarse por su estómago. Tenía los ojos más oscuros de todo el universo, pero era pura bondad. Digo «pero» porque los humanos asociáis todo lo malo a la oscuridad. Siempre me ha molestado eso. Los seres más horribles dan rienda suelta a su locura y a su crueldad a plena luz del día, delante de todos vosotros, pero parece que preferís a un monstruo honesto que a un ingenuo hipócrita.

A Deméter la conocí la última: los ojos de un color marrón fertilizante y el pelo verde como las hojas de una palmera. Poco más pude observar de ella, porque un objeto redondo y grisáceo cayó de repente del esófago de padre y nos pilló por sorpresa. Por un momento pensé que era otro más de nosotros. Del mismo color, sí, pero sin rostro ni extremidades. Entonces el estómago de padre empezó a moverse. Era la primera vez que sucedía. Me caí encima de esa cosa, que más tarde supimos que era una piedra, y me aferré a ella como si fuera mi hermana favorita. Los demás también se cayeron e intentaron levantarse, pero resultaba imposible, era tan resbaladizo que no había manera de ponerse de pie. Poseidón se resistió, pero por mucho que gritara de frustración acabó cayéndose como todos. Su primera lección de vida y quizás la única. Los temblores aumentaron y, de pronto, salimos catapultados hacia arriba. Sentí auténtico pánico, pensé que ese era el final, pero resultó ser el comienzo.

La luz del sol me deslumbró. Caímos encima de un montón de césped, estábamos en lo alto de una montaña. Se oían gritos, muchos gritos. Tardé un poco en ver y oír bien lo que sucedía a mi alrededor, tenía bilis de padre por todos los orificios, era asqueroso. Me sacudí, me limpié las orejas y los ojos como pude, y ahí fue cuando vi a Zeus por primera vez. Se notaba que él sí se había alimentado bien. Estaba ahí de pie, erguido y fuerte como el monte en el que estábamos, con su pelo espeso y frondoso como el bosque más remoto, y de un color blanco nube con reflejos dorados que hacían que brillara como si fuera una estrella. Literalmente. A su lado estaba madre, Rea, y era la viva imagen de Hera. Si quería saber cómo sería de mayor, le bastaba con mirar a nuestra madre. Pero aún teníamos otras preguntas más importantes, como quién era ese ser enorme que estaba observándonos, entre lágrimas, con el odio más puro y sincero que jamás he visto en la mirada de alguien. Padre, claro está, era padre. Me recordaba un poco a Poseidón, por el pelo, que también lo tenía azul, pero era un azul muy oscuro, el azul que hay en las profundidades del océano.

—¡Me has traicionado! —exclamó padre señalando a madre.

—¡Intentaste matar a todos nuestros hijos, pedazo de mierda! ¿Qué pensabas que iba a hacer? —respondió ella.

—¡Eso! —añadió Zeus innecesariamente.

Madre estaba nerviosa, era muy probable que fuera la primera vez que le plantaba cara a Cronos. Debía de estar asustada y disfrutando a partes iguales. Había aguantado mucho, pobrecita.

Voy a contaros un poco por qué padre quería acabar con nosotros. Mi abuela y mi abuelo empezaron a tener hijos, y primero nacieron los cíclopes y los hecatónquiros, pero a él no le gustaron, le parecieron feísimos, así que decidió ence-

rrarlos en el Tártaro. Después tuvieron más criaturas, los titanes y las titánides, que eran preciosos, pero también decidió encerrarlos porque se puso celoso. Ni tan feos ni tan guapos, decía. En fin, aclárate. En el grupo de los guapos estaban mi padre y mi madre, Cronos y Rea. Mi abuela, pobrecita, ya no podía más con el abuelo, así que les pidió ayuda y mi padre le cortó los cojones al abuelo y los lanzó al mar. Entonces mi abuelo le dijo a mi padre que sus hijos también le harían lo mismo, él se rayó que flipas porque no quería perder sus titánicos huevos y decidió comernos a todos. Y aquí estamos. Es lo que tiene comer con ansia, que te olvidas de masticar. El único que se salvó fue Zeus. Tuvimos que nacer cinco antes de que madre intentará salvar a alguno. Le escondió el parto a Cronos y dio a luz en Creta. Dejó al bebé Zeus allí y volvió con Cronos a simular el parto. Se escondió una piedra en la barriga, y cuando simuló que nacía, como Cronos iba completamente engorilado, se tragó la piedra sin darse cuenta siquiera y se convirtió en mi hermana favorita. Cuando salimos de las entrañas de padre, la piedra ya no estaba, pero luego os hablaré de ella, es más importante de lo que pensáis. Resulta irónico que Cronos acabara con su propio padre por maltratar a su madre, a sus hermanos y a él mismo... para luego ser él el que había intentado matar a sus hijos. ¡Ahora sí que queríamos destruirlo! Ahora sí que quería pegarle tremenda paliza hasta sacarle los intestinos por las orejas. Para dormir en ellos, sobre todo, porque eran comodísimos.

Cronos nos miró a todos, hijos e hijas, con esos ojos que parecía que iban a atacarnos en cualquier momento.

—Preparaos, si os atrevéis, porque en este mundo no hay convivencia posible entre los titanes y vosotros, hijos míos —dijo padre. Y acto seguido se durmió.

Acababa de declararnos la guerra... y se había tumbado ahí mismo para echar una cabezadita. Probablemente la mayor vacilada de toda la historia. En realidad, era porque se había bebido una poción con efecto somnífero que le había dado Zeus cuando padre aún no sabía quién era. La aparición de mi hermana rocosa favorita y nuestro segundo nacimiento no había ocurrido tan seguido como os he contado. No es que os haya mentido, es que aún no existía el tiempo. Bueno, para que me entendáis: Zeus estuvo un largo tiempo en Creta antes de volver para sacarnos, se hizo pasar por una especie de ayudante de madre, o algo así, y le ofreció esa poción que os he dicho para dejarlo frito. Cuando padre estuvo profundamente dormido, Zeus se abalanzó sobre él, le quitó la hoz con la que había castrado al abuelo y fue directo a decapitarlo. En este caso, cortarle los testículos no era suficiente. Por desgracia, lo que Zeus no sabía es que esa hoz, que, por cierto, la había fabricado la abuela Gea expresamente para Cronos, no podía usarse contra él. Tuvo que conformarse con escupirle varias veces. Los demás no pudimos hacerlo porque no sabíamos cómo se escupía, y tampoco era un buen momento para enseñarnos. Madre, asustada por si se despertaba, nos cogió a los seis y nos llevó lejos de allí. Se iba a liar una muy gorda. Cronos acababa de decirnos que teníamos que enfrentarnos a nuestros tíos, primos, primos segundos...

Tú imagínate que naces, por segunda vez, y uno de tus progenitores te declara la guerra. ¿Cómo vas a tener estabilidad emocional con semejante recibimiento paterno? A mí que me lo cuenten. Vosotros, los humanos, tenéis comidas familiares, nosotros tuvimos la Titanomaquia.

Por cierto, mi pelo es rojo como una rosa, y mis ojos también, pero más oscuros, como dos cerezas.

Diez años. Diez malditos años duró la guerra familiar. Más o menos, creo, no estoy seguro. Se calculó una vez acabada, ya sabéis que hasta entonces no existía el tiempo. Obviamente, ganamos nosotros. Ellos eran más, pero nosotros los superábamos en fuerza e inteligencia. Tuvimos un poco de ayuda externa, todo hay que decirlo, así que un besito desde aquí a los hecatónquiros y, sobre todo, a los cíclopes Bron-tes, Estéropes y Arges, que ayudaron a Zeus con sus rayos, le dieron un tridente (que es como un tenedor pero muy grande) a Pose (así llamo yo a Poseidón) y a mí un casco bastante guapo que me hacía invisible. A Hera, Hestia y Deméter no les regalaron nada. Un detalle bastante feo, la verdad. Ahora que estoy deconstruido e incluso he empezado a pintarme las uñas, me doy cuenta de que fue un acto muy misógino por su parte, pero tampoco lo necesitaban, eh, que ellas ya eran muy fuertes y poderosas, no les hacían falta cascos ni cubiertos. Quizás por eso no les dieron nada,

ahora no tengo claro si hay que cancelar a los cíclopes o no. Bueno, también nos ayudaron alguna que otra titánide y algún primo. Es que, a ver, no fue solo una batalla de dioses contra titanes, sino algo generacional. Sí, generacional, como si los humanos *boomers* se pelearan contra los humanos *millennial* o *Z*, aunque no todos los *boomers* se pasan el día insultando a adolescentes que comparten sus pensamientos de adolescente, y hay mucho adolescente *pick me* que tiene prisa por sentarse en la mesa de los mayores. Como Atlas, por ejemplo, valiente pedazo de mierda. Zeus lo castigó y le toca sujetar el cielo durante el resto de la eternidad, que se joda. Su hermano Menecio, el más tonto de los hijos de Jápeto, tuvo más suerte: acabó fulminado por un rayo de Zeus. Los otros dos hermanos, Epimeteo y Prometeo, fueron más listos y se pusieron de nuestro lado. Es gracioso porque Prometeo tenía la capacidad de ver lo que aún no había sucedido mientras que Epimeteo tenía ese don pero con lo que ya había pasado. Les puse los apodos de «el adelantado» y «el retrasado», aunque quiero dejar claro que esto último ya no lo digo, eran otros tiempos. Y, hablando de tiempo, ¿sabéis cuál fue el castigo que recibió padre? Contar. Contar cada segundo, cada minuto, cada hora... Fue en ese preciso momento cuando empezó el tiempo. Si hubiésemos perdido la guerra, no llegaríais tarde o temprano a ningún sitio, no habría prisa, tampoco lentitud, no seríais viejos ni jóvenes, no habría nada antiguo ni nada nuevo, no veríais las cosas con perspectiva, tampoco necesitaríais paciencia, dudo incluso que pudieseis tener ansiedad. El tiempo lo marca todo, yo me agobié muchísimo el primer día.

—¡Por fin! ¡Ja, ja, ja! ¡El mundo es nuestro, hermanos y hermanas! —exclamó Zeus, eufórico.

—¡Ha llegado nuestro momento, *bro!* —añadió Pose dando saltos.

—Bueno, más el mío que el vuestro...

—¡Ya veis, *bros!* ¡*Broses!* Ja, ja, ja, ja —solté, intentando sentirme un poco integrado.

Me miraron fatal y empezaron a reírse de mí. Tal para cual, estos dos. Eran casi idénticos en todo, no solo porque eran iguales literalmente, sino también porque Pose admiraba a Zeus desde lo más profundo de su alma.

—¿Podéis dejar de hacer el tonto? —preguntó Deméter mientras nos observaba muerta de vergüenza ajena.

—¿Por qué? ¿Tienes envidia? —le devolvió la pregunta Pose con una sonrisa asquerosa.

Deméter puso los ojos en blanco y simuló que vomitaba.

—No soy yo quien tiene envidia... —respondió mirándome fijamente.

Eso me hizo mucho daño. Sobre todo porque nunca intentó ayudarme, se limitaba a señalarme de esa manera tan ¿sutil? lo que no debía hacer o decir. Como si no pudiera hablar conmigo.

—Bueno, va, no discutáis, que por fin tenemos tranquilidad y podemos disfrutar de estar juntos como la bonita familia que somos. Y cada vez más grande, ¿verdad, Zeus? —exclamó Hestia, contenta, y con la dulzura pasivo-agresiva que la caracterizaba.

Hera pareció molesta.

—¿Cómo que más grande? —preguntó.

Zeus no contestó.

—¿Por qué parece que estés enfadada? —le preguntó Hestia, confusa.

—No estoy enfadada —respondió Hera, claramente enfadada.

—Pues lo parece.

—Deja de joder, Hera —añadió Pose.

—¡Dejadme en paz, no estoy hablando con vosotros!
—gritó Hera.

Zeus siguió sin decir nada, mantenía una actitud pasota. De vez en cuando ponía caras y hacía gestos de no entender qué pasaba. Pero lo sabía perfectamente. Deméter agarró del brazo a Hera y se la llevó unos metros más allá, bajo la mirada de nosotros cuatro. Yo no abrí la boca.

—Tía... —dijo Deméter con cariño.

—¿Qué? ¿Tú también vas a ponerte de su parte? —preguntó Hera, aún molesta.

—No digas tonterías. Aquí la única que está de parte de Zeus eres tú.

Hera agachó la cabeza, pero la levantó rápidamente, orgullosa.

—No me hables como si fuera alguien a quien debas educar y dime a qué se refería Hestia —dijo Hera sin pestañear siquiera.

Deméter suspiró.

—Aún no estabais juntos.

—Deja de allanar el terreno y suéltalo.

Deméter asintió.

—Zeus tuvo nueve hijas con la tía Mnemósine.

—¡MALDITO MENTIROSO! —gritó Hera inmediatamente y con todas sus fuerzas, haciendo temblar todo el monte Olimpo.

Nosotros cuatro la oímos como si estuviera dentro de nuestro oído. Zeus se encogió de hombros.

—¡ME DIJISTE QUE NO HABÍAS ESTADO CON NADIE ANTES DE ESTAR CONMIGO! —añadió Hera entre lágrimas de ira.

—Y más veces que te va a mentir, hermana —le dijo Deméter mientras la sujetaba.

—Suéltala, Deméter —ordenó Zeus.

Se hizo el silencio. La calma de Zeus las asustó. Hestia agachó la cabeza, yo no sabía ni dónde mirar y Pose se reía intentando buscar en su hermano una complicidad que no encontró, pero eso no le impidió seguir riendo. Deméter abrazó a Hera y luego la soltó. Zeus alzó la mano, le hizo un gesto para que viniera y ella acudió al instante.

—¿Qué te pasa? —preguntó Zeus, vacilón.

—No me gusta que me mientan —respondió Hera, planándole cara.

Zeus se rio, Pose aún más.

—¿Podrías, por favor, dejar de estar enfadados? ¿Eh? —interrumpió Hestia.

Todos la miramos.

—Acabamos de salir de una guerra y ya estáis discutiendo con que uno se ha liado con otra, con no sé qué de mentiras... ¡Somos diosas, Hera! Estamos por encima de estas tonterías —añadió, muy molesta.

Eso le dolió a Hera. Yo, tengo que reconocerlo, estaba de parte de Hestia, pero no porque tuviera razón sino porque estaba cansado de tanto drama.

—Uou, Hestia, tía, eso no es justo... —intervino Deméter.

—¿Quieres hablar de justicia ahora? ¿Llamamos a Temis para que dicte sentencia sobre tremenda estupidez? —contestó Hestia entre carcajadas de prepotencia.

Temis era la titánide que representaba la justicia y la equidad, esa a la que los humanos le hacéis estatuas con una balanza como si fuera la señora de la frutería. También tuvo un lío con Zeus. De hecho, tuvieron a las Horas, unas diosas que se encargaban del orden de la naturaleza y demás cosas,

y a las que, por cierto, no les hizo mucha gracia que la liara con lo de las estaciones... Bueno, esta historia es para más adelante. Zeus también tuvo tres hijas con la oceánide Eurínome, las tres Gracias, como las llamáis vosotros. Y seguro que hubo algún otro rollo. En resumen, durante la Titanomaquia, Zeus tuvo tiempo de reproducirse cual virus en una civilización homeopática. Y encima ganamos. No llega a foliar y la guerra hubiera durado medio día.

—Pero ¿a ti qué te pasa? ¡A ver si ahora con la excusa de que acabamos de pasar una guerra no vamos a poder ni enfadarnos! —exclamó Deméter, muy mosqueada.

Hestia se puso a llorar.

—Mira lo que has hecho... —dijo Zeus yendo a abrazar a Hestia.

Se dejó abrazar y empezó a sollozar aún más fuerte. El maldito Zeus lo estaba disfrutando.

—Esto es culpa vuestra, ¿eh? —les susurró él.

Deméter y Hera estaban que echaban humo.

—Si es que sois unas pesadas las dos, parece que queráis romper la familia, ¿tengo razón o no tengo razón, *bro*? —se metió Pose volviendo a buscar la complicidad de Zeus.

Él ni lo miró, estaba dándole besitos fraternales a Hestia en la cabeza. Sé lo que podéis pensar, pero Hestia y Zeus nunca tuvieron nada, ni siquiera estuvieron cerca de tener algo.

—¿Veis? Sois unas tóxicas —soltó Pose orgulloso como si Zeus le hubiera hecho *retweet*.

—Idos todos a la mierda. Tú sabrás lo que haces, Hera —dijo Deméter haciendo el gesto de marcharse.

—¿Dónde te crees que vas? —preguntó Zeus.

Paró en seco y se giró despacio, intentando esconder el miedo que sentía cada vez que él se dirigía a ella.

—Nadie puede irse, esta es nuestra casa ahora, aquí es donde vamos a vivir —añadió.

—¿Nuestra casa? —pregunté mientras admiraba las preciosas vistas del Olimpo.

Estaba muy contento. No solo podíamos descansar por fin, sino que, además, íbamos a hacerlo en ese sitio tan verde, tan hermoso.

—Bueno, tengo que hablar de eso contigo, Hades... —dijo Zeus.

Me asusté.

—¿De qué? ¿Qué pasa? —pregunté.

Pose se rio, satisfecho. Lo miré, no entendía lo que estaba pasando, pero sospechaba que nada bueno, al menos para mí.